

Ensayo sobre la esquizofrenia

Reggie Jackson



Image not found.

Capítulo 1

Ensayo sobre la esquizofrenia

¡Yo no estoy loco! Eso me quiere hacer creer esos idiotas pero sé que no lo estoy ¿cómo podría estarlo? Logré descubrirlo antes de que completara el proceso, antes de que se fortaleciera, antes de que trajera la desgracia, pero me detuvieron. ¡Ella!, ¡Ella!, ¡Ella!, ¡Ella!, Es la culpable, es su ayudante, ella terminará el rito si no la detengo, si no la detenemos ¡oh, Dios! Ayúdame, estoy seguro que ellos también son sus cómplices, por eso me tienen aquí encerrado, para aprovecharse de mí, me necesitan, necesitan la mano que terminó todo. Si, ese policía, lo vi en su cara de odio cuando me colocho los ganchos de hierro y me tumbó al suelo. Lo sentí cuando me puso la rodilla en la espalda, cuando mi sangre corrió por mis labios el, el... ¡Se pasó la lengua por los labios! ¡Quiere mi sangre! ahora soy más fuerte que antes, por eso me tienen aquí, por eso ese juez me mandó a encerrar, lo vi en su sonrisa, es muy listo, ayudado por ese esbirro, ese tal Morgan Drake, tiene nombre de humano pero sé que no lo es. Ese...psiquiatra sabe muy bien lo que debe hacer, han estado por años junto a nosotros. Saben nuestro comportamiento, nuestra manera de ser y han aprendido nuestro idioma y reglas. Son peligrosos ¡Yo no estoy loco!

Yo no era más que solo un hombre común, con una vida rutinaria ¿por qué Dios me habría asignado esta misión? Hay hombres más devotos, más inteligentes, más resistentes. Sé muy poco sobre religión, y llevo mucho tiempo sin ir a la iglesia. Supongo que los domingos debería ir a rezar y pedir a Dios y agradecerle por todo lo que me ha dado !pero solo me dio muertes! Si, por eso me asigno esto, esta misión, sólo me estaba poniendo a prueba, igual que a Job. Recuerdo muy bien. Un alma atormentada, una devoción sin fin y un regalo por su sufrimiento. Sí. Lo recuerdo ¡Yo no estoy loco!

Mi preciosa madre, mi dulce esposa, ambas muertas, arrebatadas de mi vida. Ellas fueron mi vida, mi luz, mi amor, lo único que alegraba mí... ¡NO! Eran lo único que me distraían de mi verdadero propósito, nublaban mi vista, mataban mi don, por eso el Altísimo decidió que ya no debían estar conmigo. El, el... ¡Me necesita!

Ustedes pensarán que yo estoy loco, no entienden mi vida, no saben nada sobre mi ¡Yo no estoy loco! Ese estúpido de Morgan, ese falso doctor, el...dice que tengo esquizofrenia o paranoia o algunas de esas cosas raras, ¡pero es mentira! Es un truco, razones inventadas. Sí, es un truco para conservar las apariencias y tenerme aquí encerrados. Sé demasiado de ellos y por eso no puedo estar afuera, donde los ponga al descubierto. Usan la piel y la carne para disfrazarse y pasar desapercibidos, lo sé, lo sé, pero de mí no pueden esconderse. Yo puedo verlos, lo huelo, siento su sed de sangre. Los ángeles, ellos me dieron este don. Yo soy la herramienta de mi Dios, su siervo. Fui elegido entre miles por mi alma, mi pureza y devoción.

Todo esto empezó de pequeño, cuando me instruí en la fe de Dios, pero aun así, tal vez fuese desde antes, desde mi Nacimiento, o incluso desde antes de nacer, porque yo soy un enviado de los cielos, una extensión de su espíritu, si, iyo soy! Cuando iba al templo de Dios, bebía su sangre y comía de su carne, sentía su espíritu, el de los santos, como me elevaban. Era una experiencia única, un total deleite de los sentidos y debía compartirlo con alguien. Se lo dije a Mamá una vez pero ella no le prestó la menor atención y, cuando empecé a fortalecerme, a ser puro a través de los rezos, a acercarme a él y lograr la ascensión espiritual, me dijo que no podía seguir yendo a la iglesia, que estaba descuidando cosas, esas cosas banales de los humanos. El reverendo le dijo que yo debía continuar, que era muy devoto, pero ella respondió con un cortante ino!, y no hubo más discusión. Desde ese momento volví a ser uno más del montón y centrarme en cálculos y literatura. Ella sabía de mi potencial, pero estaba ajena a mi sufrimiento, a la cruz que llevaba, por eso me alejo de Él y pagó su castigo. Murió cuando yo estaba en un viaje de la Universidad. Cuando llegué a casa el olor era nauseabundo. La casa estaba silenciosa, excepto por el ruido de la televisión, y las luces encendidas. Grité su nombre y no acudió nadie. Debería haber estado ahí para recibirme, sin embargo no estaba. Entré en el baño, miré la tina y ahí estaba: un cuerpo hinchado y morado a la vez, con moscas revoloteando a su alrededor, inmerso es un espeso guiso de jugos y secreciones humanas remojado por cinco días. Según el informe forense, había muerto ahogada misteriosamente, por lo que se concluyó un asesinato, pero después se supo que sus asesinos serian un mortal resbalón y el grifo de la propia tina. ¡Oh, Dios! Ahora sé que solo me despejabas el camino. Ella era una pecadora.

Cuando murió mamá no tenía más familiares, nadie cerca, nadie a quien recurrir pero aun así triunfé a pesar de todo. sí, pude combatir las desgracias. Pasé mucho tiempo viviendo como un mortal, ajeno a mi misión, sumergido en la depresión. Cuando conocí a Marcella, terminé por condenarme y regocijarme en los placeres carnales y emociones gratas. Ella, hacía que me alejara cada vez más de Él. Me encantaba cada vez que nos uníamos cómo un solo ser, en nuestro lecho, pronunciando palabras lascivas mientras ella gemía con cada embestida que yo le daba y el sudor corría por nuestros cuerpos. Ella arqueaba la espalda y gritaba de placer mientras apretaba y clavaba sus uñas en mis carnes y me desgarraba. Terminábamos agotados en un clímax de amor con mi esencia corriendo dentro de su fértil vientre. Había sido mi amor y mi perdición. Tierna y dulce supo hacerme feliz, pero su vida terminó tres meses después de estar juntos, debajo de un puente, sin ropa, con veintitrés puñaladas en su cuerpo, mientras llevaba mi descendencia en su ser.

Después de un tiempo decidí mudarme (Dios sabe lo que me atormentaba el lamento de sus espíritus). Mi nuevo hogar era un sencillo apartamento en la calle 23 de la Av. San Mateo, a unos cuarenta minutos de mi trabajo, algo menos si iba en mi vehículo. Vivía en el 7D2 del séptimo piso y al frente ¡Ave María! Vivía ese anciano, ese demonio. El comienzo de mi

misión estaba al frente, las circunstancias me habían llevado a él, pero de momento no lo sabría.

Seguí sumergido en vida mortal del trabajo a mi casa y viceversa, con esporádicas conversaciones con personas. Mi oficina, estaba al fondo del edificio, una empresa de productos de limpieza, donde me encargaba de los pedidos y el manejo de los proveedores, y realizaba mi trabajo perfectamente. Mi jefe no tendría ninguna queja. Después de la muerte de mamá, no completé la universidad.

Comencé a entablar conversación con él cuando subía las escaleras cargado de bolsas. Me ofrecí a ayudarlo y desde ese momento me condené. Venía a visitarme de vez en cuando, y yo lo recibía contento. No había tenido mucho contacto con personas y su presencia me ayudaba a liberarme cuando le confesaba mis penurias.

Se mostraba muy amable y atento. Me engañó durante un tiempo, pero sabía que no debía confiar en él. Si, lo sabía, algo me lo decía. Él...sabía de mi misión, sabía quién era yo y por eso se hacía pasar por mi amigo. Debí de rechazar las comidas que traía ¡Estaban malditas! Estoy seguro, si, que estaban hechizadas. Tenían un conjuro y, aquella bebida extraña que siempre me daba, era para pulgar el espíritu de mi Dios de mi cuerpo. Sabía quién era yo ¡Yo no estoy loco! Muchas veces le pregunté que era esa bebida extraña, rojiza como la sangre, dulce y picante a la vez, y espesa, pero el solo sonreía y me mostraba sus horribles dientes podridos y cariados, con ese ojo lechoso y su cara cortada de arrugas. Una única vez solo me dijo que aquella cosa líquida me daba energía, que era una receta familiar, pero en el fondo sabía que no era así. Sí, lo sabía, y ahora lo sé plenamente, lo sé, lo sé ¡Yo no estoy loco!

Mi vida comenzó a ir de mal en peor, me sentía débil, con mi espíritu quebrado. Siempre había sido una persona sana y fuerte y nunca me había enfermado o sentido de aquella manera hasta que empecé a tratar con él. Así até los cabos sueltos, ya su apariencia lo delataba. Sabía, algo en mí lo intuía, que me necesitaba débil para apoderarse de mí, aquel cuerpo viejo no le duraría mucho tiempo. Necesitaba uno joven, necesitaba fuerza, era un ladrón de cuerpos, y quería el mío. Pero el espíritu de mi Dios estaba en mí y me protegía así que necesitaba sacarlo de mí, y apoderarse de él. Un cuerpo santo, esbelto y físicamente apto para todo tipo de situaciones, alto y atractivo para engañar más fácilmente, y con un miembro de buen tamaño y viril para reproducirse y dejar sus horribles criaturas en vientre de las vírgenes. Sí, lo sé, lo sé, así se reproducen, ahora lo sé ¡Yo no estoy loco! He investigado, sé de sus rituales. Yo era el candidato perfecto.

Después de un tiempo tenía miedo de él, de ese ojo ciego de un azul lechoso, sabía que veía a través de mí, de mis pensamientos. Me desnudaba. Sabía lo que yo iba a hacer. Sí, lo sabía, lo sabía y esa extraña bebida me Debilitaba más y más y me dejaba expuesto.

Escuchaba ruidos extraños en su casa, gritos desgarradores cada vez que esa mujer iba a visitarlo varias veces por semanas. Tal vez eran orgasmos de un brutal apareamiento demoníaco, o eran los gritos de almas atormentadas del mismísimo infierno.

Al principio le daba excusas o trataba de no estar en casa para no verlo. Cada vez que iba inventaba inconvenientes o lo dejaba entrar pero no comía nada de lo que me daba. Dejaba la comida enfriarse hasta que se iba sin comer nada tampoco, y la tiraba a la basura y su jugo maldito por el desagüe. Sabía que él sabía que yo sabía lo que hacía. Sí, lo sabía ¡Yo no estoy loco! Cada vez venía con más insistencia y esa mujer me sonreía cada vez que me veía en la puerta, y me daba regalos embrujados, pero yo los quemaba.

No debía recurrir a la policía sin pruebas, dirían que yo estaba loco y con razón (los humanos sólo creen en lo que ven) así que estaba solo, hasta que decidir ir a la iglesia de nuevo. Rezaba cada vez que podía, pero él estaba en mis pensamientos, se metía en mi mente con ese ojo demoníaco, lo veía burlarse de mí con sus dientes cariados y recorrer hasta la última célula de mi cuerpo, se hacía más fuerte y yo más débil. Estaba día y noche en mi mente, no me dejaba dormir. Tenía pesadillas en las que él y esa mujer rubia se metían a mi apartamento por las noches y me desgarraban del cuello hasta la cadera con un cuchillo, se alimentaban de mis entrañas y, después se apareaban con sus cuerpos demoníacos, con cuernos de cabra, patas de carnero y cola retorcida encima de mi cadáver, en una maligna orgia de sangre. Si, lo sabía, me debilitaba. Dejé de dormir para no verlos, manteniéndome despierto de todas las formas, durmiendo solo un par de horas, atento a que no me matara. Casi no comía por temor a sus hechizos. Me debilitaba y él se hacía más fuerte. No tardaría mucho en poseerme.

Consulte al Sacerdote, le conté mis pecados y lo que me estaba sucediendo, lo que me pasaba, mis suplicios, pero debió creer que estaba loco, o que era yo el mismísimo demonio porque se dibujó la señal de la cruz y se apresuró a despedirme diciéndome que rezara mucho por mi alma, que el haría lo mismo.

Las carnes se me seguían pegando al hueso. Me estaba chupando mi energía y mi vitalidad. Lo sé, lo sé. Lo veía en su forma de reír, y lo confirmaba en las comidas envenenadas que me dejaba en la puerta. Un día incluso esa mujer quiso hablarme, pero le cerré la puerta en la cara. Sabía lo que hacían. Sí, lo sabía, los vigilaba, escuchaba a través de las paredes sin perderme detalle.

Mis sospechas se hicieron ciertas cuando mi jefe llegó con una carta de despido para mí. Le pregunté que por qué me despedía, si yo hacía mi trabajo perfectamente, pero solo se encogió de hombros y me dijo que necesitaba a alguien más capacitado y fuerte, que esa decisión no la tomaba él, que venía de arriba, pero yo sabía que no podía venir de mi dios. Él también era uno de ellos. Quería golpearlo, reventarle el cráneo, pero no podía, me delataría. Él, ese demonio estaba logrando que me debilitara, sabía lo que hacía. Sí, lo sabía.

Pasaba las horas de la noche en vela rezando y leyendo sobre demonios en internet, sus rituales, su modo de poseer a las personas. Leí que las personas con un alma sensible son más propensas a la posesión demoníaca. ¡Era yo, era yo! Mi espíritu, que había sido bendecido por el propio dios, había abandonado mi cuerpo a través de esas horribles

comidas y jugos. Lo sentía cada vez que iba al retrete y veía como mi espíritu abandonaba la carne con cada evacuación. No podía seguir así, o moriría.

Decidí entonces que debía mantenerme fuerte, y no podía dejar que mi espíritu, con lo poco que comía, se debilitara con cada ida al baño. No podía dejarlo ganar, vencer sobre mí. Ya no iba retrete, si no que evacuaba ahí, en cualquier parte, donde tuviera necesidad, normalmente sobre un plato. Metía mis manos y me obligaba a tragarlo. Al principio fue difícil, era pastoso y otras veces más blando, pero después se hizo más sencillo, cuando mi cuerpo aceptó lo que era parte de él. Los líquidos también volvían a su recipiente, así me mantendría sano, así mi alma se mantendría conmigo, no me abandonaría mientras comiera lo que mi cuerpo producía, santificado en el proceso de la digestión. Mientras me alimentara de mí mismo estaría a salvo. ¿Como si no? Si lo que comía estaba rociado con agua bendita de la iglesia.

Pero el debió saberlo con ese ojo demoniaco. Mi vehículo, donde me transportaba a la iglesia, no quiso funcionar. Llamé a un mecánico que conseguí por internet para que lo arreglara (no quería salir de casa). Cuando llegó no lo deje entrar en mi casa ni le abrí la puerta, podía ser un enviado del demonio (todo el mundo podría serlo) así que le grité desde el otro lado de la puerta mientras lo veía por la mirilla de la puerta, indicándole donde estaba mi vehículo y le lancé la llave por la puertecilla del correo. Más tarde volvió y me dijo que no sabía que ocurría (¡hechicería!) y no supo arreglarlo, pero igual me cobró y me devolvió las llaves y se volvió a ir, dejándome sin transporte.

Me pasaba largas horas de rodillas, rezando por ayuda e iluminación, pero nadie respondía. Mi dolor estaba a flor de piel y mi aflicción se veía empeorada por mi debilidad. Cuando dormía despertaba con arañazos en todo el cuerpo y rostro. Mi cuerpo no podría protegerme por mucho tiempo. Él bloqueaba la curación que emanaba del espíritu de dios. Ya ni mi casa era segura. Era una prueba, al igual que la que le puso Dios a Job y debía soportarla.

Cada vez sabía menos de él y de su mujer. ¿se habrían rendido? ¿Se estaban preparando para poseerme? No lo sabía. Casi no venían, ni me tocaban la puerta, ni dejaban regalos. Ya habían obtenido lo que querían. En cambio yo estaba más débil, con las carnes pegadas a los huesos. El cabello lo había perdido, y lo poco que quedaba estaba frágil y encanecido. Tenía la piel manchada y roja de tanto restregarla para purificarla. Estaba débil, mareado y casi al borde de la muerte.

Pensaba en mi madre y en como la encontré en la bañera, casi irreconocible. En Marcella y como había sido violada y apuñalada, cargando mi semilla en su útero. En la ausencia de amigos de la infancia y los escasos cumplidos que escuchaba de los demás. En cuanto odiaba a mi maestra gorda cada vez que se sentaba y casi se le ocultaba el cuello bajo el rostro porcino. En el miedo que sentía cada vez que recordaba las cosas que los otros niños me hacían y me obligaban a hacer cuando me arrastraban entre varios y me llevaban a los baños. En el padre que no

conocí, y en los estados de cambio de personalidad de mamá cada vez que se refugiaba en el polvo blanco.

Añoraba que todo terminara, ser libre y descansar...y de pronto lo escuché: Los ángeles, me hablaban, me susurraban palabras en una lengua extraña, muerta y sagrada con sus dulces voces, como tintineos de una campana que relajaba el alma. No sabía como pero la entendía su lenguaje y el mensaje que intentaban trasmitirme y de repente comencé a hablarla yo también. Habían escuchado mis rezos, las largas horas arrodillado, mis súplicas. No los veía, no podía verlos con mis ojos mortales pero los escuchaba. Me daban las gracias y me pedían ayuda para acabar con el demonio, para ser justiciero en la tierra, el instrumento de justicia de dios para barrer a los demonios. Me mostraron el camino. Tenía que acabar con él, así regresaría mi vitalidad. Debía ser cuando no estuviera la hembra. Ella era la más fuerte. Yo aún estaba débil, así que no podía luchar por mucho tiempo, pero él también lo estaba. Sabía lo que debía hacer ¡oh sí! Lo sabía. Los ángeles, me habían mostrado como y estaba dispuesto a cumplir la misión para la que había nacido, para lo que había sido elegido. ¡Yo soy el instrumento de Dios! ¡Yo no estoy loco! Los ángeles me lo decían, ¡oh sí! Me lo decían. No podían estar equivocados. Y había llegado el día.

Había estado preparándome la noche anterior. Recé el rosario completo, me arrepentí de mis pecados y acepté las gracias que los ángeles depositaban en mi cuerpo. Mis rodillas sangrantes demostraban mi veneración por mi dios. Me limpié y restregué la piel hasta que estuvo roja, y me vestí con un camisón blanco, en sinónimo de pureza y obediencia. El no podía saber de mi ni lo que planeaba, lo sabía, los ángeles me lo decían, me lo susurraban en su lengua, me protegían. Jamás me haría daño, estaba débil y debía aprovechar esta oportunidad para hacer justicia por mi Dios. ¡Oh sí! Yo soy la reencarnación de Job, enviado para liberar esta tierra de demonios, el instrumento de Dios. Eso me decían los ángeles y me habían dado fuerza.

Ese día estaba ya todo dispuesto. Los ángeles me había dicho lo que debía hacer para desterrar a entidades malignas. Así que coloqué el agua bendita, aquella del color ámbar, a purificar, cogí mi crucifijo y mi biblia donde ellos me habían marcado el pasaje que debía recitar en el ritual de purificación.

Con el pasar de los minutos crecía mi temor, pero no debía mostrar miedo, el mismísimo dios estaba de mi lado. Me coloqué detrás de la puerta, observando cuando llegara y me di cuenta que estaba temblando. Mi carne aún era débil. Pasaron las horas y aún no llegaba. Siempre salía en la madrugada. Un día cuando lo creía mi amigo me dijo hacia donde iba en las mañanas pero no lo recordaba, él me había hecho olvidar. Llego al final ya del medio día, cuando escuché sus pasos y el tintinear de las llaves al girarlas en el pomo, mientras yo lo observaba en silencio por la mirilla de mi puerta. Debió percatarse de mi mirada, su ojo lo había alertado. Lo supe cuando volvió la vista y lo posó en mi dirección. Mi corazón dio un vuelco y comenzó a latir velozmente. Sentía su mirada a

través de la puerta, me desnudaba y se metía hasta la última membrana de mi cuerpo, buscando algo, algo que yo tenía, algo que quería. Él estaba igual como lo recordaba hace tanto tiempo, mientras yo me consumía. No sabría decir cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo había visto, tal vez días o semanas. Lo odiaba. El odio superó al miedo y logré controlarme. Hasta que escuché la puerta cerrarse no me atreví a mirar. Sabía que si posaba ese ojo en el mío me leería la mente.

Esperé largo rato, con el crucifijo pegado a mi pecho y el agua ámbar rugiendo que la liberara en sus carnes paganas. Hasta que todo estuvo en silencio no me atreví a cruzar el pasillo hasta su puerta. Coloqué mi oreja sobre la madera para advertir de algún peligro, pero no logre oír nada. Eso era bueno. Giré el pomo muy lentamente, empuje un poco y un olor acre y rancio me golpeo en la nariz, despedido desde el interior. Avancé con paso sigiloso por el pasillo que llevaba a la sala principal. Pasando por la cocina, cogí un retazo largo de tela que se usaba para limpiar y lo coloque encima de mi hombro derecho, del lado que sostenía el crucifijo santificado que reposaba en la pared de mi sala, y con la izquierda sostenía mi sagrada biblia.

Lo hallé sentado frente al televisor. Por un momento sentí miedo al oír su ruidosa respiración, el aire que escapa de su cuerpo en forma de rugido y pegué un saltito, dejando que el crucifijo resbalara por mi mano hasta estrellarse contra el suelo. Estuve inmóvil por lo que me pareció años, a la espera de una acción, pero no pareció percatarse de mi presencia. Volví a coger el crucifijo y me acerque a él con sigilo y me di cuenta que estaba dormido, en su forma más terrenal. Un vaso reposaba en la mesa de centro que estaba al frente de él con una sustancia roja y un hilillo de baba rosada le corría por la mejilla derecha. Coloqué el crucifijo en la mesa, junto a la biblia, cogí el paño con las dos manos a lo largo de la tela, me coloqué detrás de él y le cubrí la boca para hacer una mordaza que empujé con fuerza hasta que las comisuras de los labios casi le llegaron a las orejas y de ellas brotó sangre. Se despertó y Comenzó a debatirse. Trataba de quitarse la mordaza y en una ocasión posó su ojo sobre mí y sentí por un momento que mi fuerza abandonaba mi cuerpo, pero logré mantenerme firme. No debía gritar. Lo golpeé varias veces hasta que perdió la conciencia, hasta que su horrible ojo azul se tornó rojo y sus horribles dientes cariados saltaron de su boca, expulsado en vómitos sanguinolento. Cayó inerte en el sofá. ¡Al fin lo había dominado! Estaba dócil. Lo Tumbé en el suelo y comencé a realizar mi ritual de purificación.

Informe policial sobre el caso Westmart por: Detective Barry Clitmell

A las 13:23 del día viernes fue hallado el cuerpo del Ciudadano Patrick Barkley de setenta y dos años de edad en el apartamento 72 del piso 7 del Edificio Baxtern Unión de la calle 23 de la Av. San Mateo, con setenta y dos puñaladas en todo el cuerpo, quemaduras de tercer Grado y apuntación de los falanges de ambas manos.

El asesinato fue cometido por el ciudadano Max Westmart de treinta y seis años de edad, residente del mismo edificio de la víctima y que se alojaba en el Apartamento del 7D2.

El perpetrador, que ahora se encuentra recluido en el Hospital psiquiátrico Sant Germain, habría confesado que el motivo que lo llevó a realizar el crimen fue para salvaguardar su persona e integridad, alegando de posibles fenómenos paranormales y demoníacos conjurados por la Víctima.

Se conoció, a través, del propio Westmart los motivos por el cual habría asesinado a Barkley. Varios de estos resultan ser extrañas casualidades y mal interpretaciones de Westmart asociados a la víctima, a través de fuerzas sobrenaturales y alimentos conjurados. Uno de los que más alusión Westmart es a una bebida rojiza. Cuando se interrogó a Meleena Barkley, nieta de la víctima, alegó que visitaba a su abuelo con regularidad y le llevaba alimentos, y películas de terror. Meleena afirmó que su abuelo había desarrollado un afecto especial por Westmart, y le realizaba regalos y le ofrecía alimentos. El jugo, era una mezcla de fresa, azúcar, canela, miel y Testículo de toro, que según Meleena, era una receta Familiar para dar energía.

Así mismo, se descubrió que Westmart había sido despedido de su trabajo. Según Mirvin Symons, Jefe directo de Westmart, la orden de despido había venido desde arriba, en consecuencia de reclamos a continuos errores, faltas laborales y una total falta de higiene personal. Westmart habría sufrido de trastornos mentales que se habían agravado por su paranoia hacia Barkley. En su apartamento se encontraron heces del propio Westmart por todo el lugar, libros y alimentos quemados en una habitación y dibujos sobre escenas bíblicas, además de destrucción de la propiedad y compuestos orgánicos de distinto origen en avanzado estado de descomposición.

El arresto de la víctima fue realizado después de que un vecino llamara a la policía cuando se dirigía a reclamar a Westmart por los ruidos, golpeteos y martillazos que provenían de su apartamento. Se encontró a Westmart a un lado de la víctima, aun recitando salmos sobre su cadáver.

Reconstrucción de la escena del crimen.

Según la confesión de Westmart, quien se encontraba en avanzado estado de desnutrición causado por la inanición y el consumo de sus propios excrementos, tomó la resolución de acabar con la Vida de Barkley para acabar con el demonio que poseía al cuerpo del anciano. Su esquizofrenia habría sido el detonante que Westmart necesitaba. "Los ángeles", como llamaba a las voces en su mente, le habrían conducido hasta el apartamento de la víctima, donde la amordazó y la golpeó en repetidas ocasiones causando traumatismo craneoencefálico y hemorragias internas. Con Barkley inconsciente, lo arrastró hasta su apartamento, donde le realizaría la amputación de los falanges de las manos. Barkley habría recuperado el conocimiento cuando Westmart lo clavó en forma de cruz al suelo de madera de pies y manos, y posteriormente le realizaría

las setenta y dos puñaladas superficiales (una por cada año de vida) mientras recitaba salmos de la biblia. La muerte de Barkley fue después de que se le arrojara aceite hirviendo sobre las heridas. Adicionalmente se encontró quemaduras internas en la boca, faringe, esófago y estómago, lo que sugiere que el aceite hirviendo fue ingerido por la víctima, aunque no se pudo determinar si fue posterior o después del deceso.

Informe psiquiátrico del Hospital Sant Germain del paciente Max Westmart para el Detective Ciltmell por el Dr. Morgan Drake.

“En mi experiencia he visto muchos casos sobre trastorno mentales pero este, es por mas, uno de los más extremos y notorio de toda mi carrera. Cuando se me remitió el caso de Max Westmart, jamás pensé toparme con una persona tan mentalmente inestable. Debo decir, que después de realizar un interrogatorio al paciente sobre lo sucedido, pude realizar una hipótesis de que en primer lugar pudo haber sufrido de Trastorno delirante del tipo megalómano, pero este, se habría agravado hasta llegar a convertirse en Esquizofrenia del tipo paranoide. El suceso por sí mismo no nos dice nada. Las causas de la esquizofrenia pueden ser diversas, sin embargo, un vistazo más profundo a la vida de Max con declaraciones y argumentos reunidos en las diversas consultas psiquiátricas, nos dios un bosquejo de las posibles causas de su trastorno.

Westmart había sido un niño socialmente aislado, con buenas calificaciones y poco contacto con la realidad. A los diez años fue sometido a diversos maltratados físicos y sexuales por sus compañeros de instituto que, por miedo a las consecuencias y amenazas, nunca denunció. Su madre era una drogadicta en rehabilitación y del padre no se tiene conocimiento. La muerte de la madre de Westmart habría sido ocultada a este, después de que un psicólogo del condado dictaminara que era mentalmente frágil. Según un informe policial del caso Minerva Westmart, habría muerto ahogada en la tina del baño después de que una sobredosis de metanfetamina la dejara inconsciente. Su compañero sexual, Rodrick Flint, también drogadicto, de veintinueve años a la fecha de la muerte, la había metido en la tina para auxiliarla, pero el temor a la cárcel lo llevo a escapar, dejando que la mujer se ahogara.

El asesinato de Su única compañera emocional, Marcella Monttini, fue un duro golpe para él, que lo llevo a la depresión. Se constató que esta estaba embarazada cuando fue violada, brutalmente apuñalada y arrojada a un río cercano para deshacerse del cuerpo.

En los últimos días Westmart presentaba arañazos y golpes en todo el cuerpo. Al principio pensamos que eran hechas por el mismo, pero las tenía incluso en la espalda, cosa que el mismo no podía haberlo hecho y la cámara de seguridad no mostraba en ningún momento que el atentara contra sí mismo. Estaba débil por la ingesta de sus secreciones, práctica que continuaba realizando incluso en la habitación donde estaba recluso. Al final, comenzó a pronunciar palabras ininteligibles, y a dibujar caracteres en las paredes, como si se tratara de una extraña lengua.

Su comportamiento se volvía, en ocasiones muy agresivo, hasta el punto de arrancarse el cabello y comerse sus propios dedos, producto de la inanición a la que se había sometido el mismo. Atacaba a todo aquel que intentara acercarse, maldiciéndolos y escupiéndolo. En un momento dado, pidió una biblia y un crucifijo pero se lo negamos por razones obvias. En su última consulta que tuvo conmigo, estaba más calmado, casi parecía que estuviera sano, pero seguía rehuyendo al contacto y se refugiaba en sí mismo, protegiéndose con las manos y brazos. Pensé instintivamente que habíamos hecho progresos, sin embargo mis sospechas se derrumbaron cuando ocurrió el suicidio. Fue el constante temor a los demonios que, según él, habitaban entre nosotros y querían apoderarse de su cuerpo, producto de su esquizofrenia, lo que lo llevó a arrebatarme el lápiz con el que tomaba nota durante las consultas, clavárselo en la tráquea y terminar con su vida. Las últimas palabras que Westmart pronunció unos segundos antes del suicidio fueron: "¡Mi cuerpo no les pertenece! Están aquí ¡Yo no estoy loco!".